

# La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914

Paloma ORTIZ-DE-URBINA

Universidad de Alcalá  
paloma.urbina@uah.es

Recibido: noviembre de 2006

Aceptado: enero de 2007

## RESUMEN

A pesar de la neutralidad declarada por el gobierno español ante la Primera Guerra Mundial, el conflicto bélico europeo provoca entre los españoles un acalorado enfrentamiento entre dos bandos: germanófilos y aliadófilos, esto es, entre los defensores del Imperio Alemán y aquellos que apoyan a la nación francesa. Tras un arraigado interés por la cultura germana desde 1900, la imagen de Alemania en España cambiará radicalmente a partir de 1914. La prensa española se hace eco de esta batalla ideológica liderada por intelectuales del momento. Las figuras más representativas del pensamiento español toman parte activa en la política, firmando apasionados manifiestos que se publican en los periódicos más importantes. La inclusión de una mayoría de intelectuales de peso en el bando antigermanófilo generará, a partir de este momento, un rechazo social y un desinterés generalizado por la cultura alemana en España.

**Palabras clave:** Recepción, transfer cultural, hispanogermano, Primera Guerra Mundial, germanófilos, aliadófilos.

## The First World War and its consequences: The image of Germany in Spain from 1914 onwards

## ABSTRACT

In spite of the neutrality declared by the Spanish government during the First World War, this European military conflict sparkles off an ardent clash between two camps: Germanophiles and Francophiles, that is, between the defenders of the German Empire and those who support France. At the beginning of the 20th century there is an enormous interest in the German culture among the Spanish people; however, the image of Germany in Spain changes radically from 1914. The Spanish press echoes this ideological confrontation which is led by the intellectuals of the moment. The most representative figures of the Spanish thinking take an active part in politics, signing passionate manifestos that are published in the most important newspapers. The inclusion of a majority of influential intellectuals in the anti-German camp generates a social rejection and a generalized lack of interest in the German culture in Spain.

**Keywords:** Reception, cultural transfer, Spanish-German, First World War, Germanophile, Francophile.

**SUMARIO:** 1. Introducción. 2. La falsa neutralidad española: germanofilia y aliadofilia. 3. Los manifiestos. 4. Aliadófilos. 5. Germanófilos. 6. ¿Francófilos o germanófilos? Personajes ambiguos. 7. Vicente Blasco Ibáñez: un ejemplo paradigmático de ambigüedad receptiva. 7.1. *Entre naranjos* (1900). 7.2. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1914). 8. Los intelectuales como actores de la política.

## 1. Introducción

El interés por la nación y por la cultura alemana en España se observa a lo largo de todo el siglo XIX, especialmente en las dos últimas décadas, pero es sobre todo a comienzos del siglo XX cuando este interés se generaliza socialmente. La vinculación de numerosos intelectuales al krausoinstitucionalismo y al regeneracionismo cultural y científico o los intentos de *proyección cultural* alemana en España, llevados a cabo por el canciller del Imperio Alemán a partir de 1900, a través de la prensa, desembocan en un profundo interés por *lo germano* a partir de 1900, observándose el punto álgido hacia 1906 y extendiéndose éste hasta 1914. ¿Qué ocurre a partir de ese año? ¿Quiénes se interesan y quienes se desinteresan a partir de 1914 por la cultura alemana? ¿Cuáles son las consecuencias sobre la recepción de lo germano en España derivadas de la Primera Guerra Mundial?

## 2. La falsa neutralidad española: germanofilia y aliadofilia

Oficialmente, el gobierno español se declara neutral ante la Primera Guerra Mundial, ordenando «la más estricta neutralidad a los súbditos españoles»<sup>1</sup>. Sin embargo, la realidad es que la Guerra Europea desencadena en España un enzarzamiento e incluso a veces violento enfrentamiento (que no terminaría con el fin de la contienda) por los defensores de uno u otro bando: germanófilos y aliadófilos. Los primeros defenderían al Imperio Alemán; los segundos, a Francia, Inglaterra y Rusia, aunque la solidaridad de los segundos se centraba en el pueblo francés, por lo que el término aliadófilo era sinónimo de francófilo.

¿Qué representaba para los españoles cada uno de estos bandos? Los defensores de la causa alemana consideraban como virtudes características del pueblo germánico la disciplina, el orden y la organización, y admiraban los avances técnicos y científicos y la proverbial superioridad cultural *romántica* en materia filosófica (centrada en Kant, Schopenhauer y Nietzsche), musical (Beethoven, Schubert, Schumann, Wagner) y literaria (Goethe, Schiller, Novalis y E.T.A. Hoffmann). Los detractores de la causa alemana consideraban a Alemania como un pueblo primitivo, conservador, reaccionario y tradicionalista, además de violento y cruel, criticando acerbamente su militarismo inflexible y su férrea burocracia. Por su parte, los francófilos veían en la vecina Francia un modelo político moderno de progresismo liberal y democrático y admiraban el florecimiento actual de su cultura. Los germanófilos criticaban este discurso arguyendo en contra de la frivolidad, la falta de organización y el desorden propios del pueblo francés, acusándoles de ateos y corruptos.

---

<sup>1</sup> *La Gaceta*, 7 de agosto de 1914.

### 3. Los manifiestos

¿Quiénes eran francófilos, quiénes germanófilos? Desde el punto de vista político, la derecha conservadora, tradicionalista y católica se identifica con el Imperio Alemán, mientras que la izquierda progresista, liberal, laica, socialista y republicana se suma a la causa aliadófila. En el plano social, la intelectualidad humanística francófila supera en número a la germanófila, siendo más nutrido entre los germanófilos el grupo de científicos, médicos, farmacéuticos e ingenieros.

Desde finales de 1914, la prensa se hace eco de las tendencias antigermánicas. Así, el periódico barcelonés *Iberia*, sorprende por un antigermanismo agresivo y una continua glorificación de la cultura francesa. Desde el comienzo de la guerra, leemos artículos en sus páginas con rotundos epígrafes que desprecian la nación alemana. «El Sadismo alemán» se titula un artículo que hace referencia a una cualidad, según el diario, germana:

Nunca el placer por el sufrimiento tuvo, como ahora, aplicaciones tan formidables. [...] Hay que creer que bulle en el alma germánica algo misterioso que está sobre nuestra moral y nuestra razón<sup>2</sup>.

El artículo hace referencia a dos personajes de la cultura alemana que, a partir de ahora se asociarán, tristemente, a la *barbarie* alemana: Friedrich Nietzsche y Richard Wagner. Se simplifica así la filosofía nietzscheana:

Perezcan los débiles y los fallidos – gritaba Nietzsche. Esto no era más que el anti-evangelio, como la guerra alemana no es más que el anti-cristianismo<sup>3</sup>.

Es evidente la huella francesa en la línea del periódico. *Iberia* reproduce continuamente, traducidos al castellano, artículos de prensa del país vecino que menosprecian la nación y la cultura alemanas. En el artículo citado hace referencia a una carta que «un profesor de Dusseldorf» (no se indica de quién se trata), dirigido a «los artistas que en París redactan esa revista espiritualísima que se llama *Le Mot*»<sup>4</sup>:

Voy a deciros una cosa que no podrán comprender nunca. Antes que la guerra estallase, existía una gran fervescencia [sic] de fanatismo entre nosotros. Cerca de Dusseldorf se reunían cuatro veces a la semana y allí, un viejo señor (Herr Ebel) predicaba la adoración a los viejos dioses de Germania «de los cuales Wagner os da una vaga imagen». Herr Ebel nos fascinaba, nos embriagaba comunicándonos la necesidad posible de sacrificios humanos...

Son los bosques, los bosques catacumbas del anti-cristianismo. «Ven a nosotros viejo Wotan»- claman los poetas y los dioses terribles del Walhalla acompañan a esos soldados que aman la muerte para ellos y para todos los hombres que no crean en la revelación alemana.

---

<sup>2</sup> *Iberia*, 15 de mayo de 1915.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

Sólo así, por un misticismo macabro, por un odio religioso, se explican esas hecatombes que traspasan la razón humana. Alemania, por ellas, puede estar satisfecha<sup>5</sup>.

Otro artículo titulado «La Debilidad Germánica» ironiza sobre la cultura alemana, carente de humanidad:

Alemania [...] no sabe luchar con hidalguía contra un enemigo más fuerte y, sucumbiendo a su propia obra, la de esa cultura que no perfecciona las almas ni corrige los instintos ancestrales, desciende cruelmente a los últimos grados de la escala moral del mundo como si prefiriese el odio al amor de los hombres<sup>6</sup>.

De la misma manera se hacen públicamente patentes, a partir de 1915, las simpatías por uno u otro bando, a través de manifiestos que se anuncian en la prensa madrileña, acompañados de numerosas firmas de intelectuales y personajes relevantes de la España del momento. Son tres los manifiestos más importantes: el aliadófilo, el germanófilo y el antigermanófilo.

El primer manifiesto, publicado en *Iberia* el 10 de julio de 1915, corresponde al bando aliadófilo y es obra, al parecer, del escritor Ramón Pérez de Ayala. El escrito es titulado *El Manifiesto de los intelectuales españoles* y en él, los firmantes se hacen «solidarios de la causa de los aliados en lo que ella representa, los ideales de justicia»<sup>7</sup>.

A pesar de que la prensa germanófila se muestra, por lo general, mucho más moderada en sus juicios sobre Francia y los aliados, la respuesta al manifiesto aliadófilo no se hace esperar: el *Manifiesto germanófilo*, obra del entonces popularísimo comediógrafo madrileño Jacinto Benavente, se publica bajo el título de «Amistad germano española» en *La Tribuna*, el 18 de diciembre de 1915 y comienza así:

Los que suscriben amantes y cultivadores de las ciencias y las artes, afirmando la neutralidad del Estado español, se complacen en manifestar la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España, así como también su profundo reconocimiento a la magnificencia de la cultura alemana y su poderosa contribución para el progreso del mundo<sup>8</sup>.

El manifiesto reivindica «la grandeza de la cultura alemana por cuanto en grandísima escala ha contribuido y contribuye al progreso del mundo»<sup>9</sup>, en respuesta a las declaraciones en la prensa francófila que trataban de desmitificar la aparente supremacía alemana en las artes, remitiéndose a supuestos estudios de profesores norteamericanos<sup>10</sup> según los cuales los alemanes eran únicamente «maestros» en «el

---

<sup>5</sup> *Íbidem*.

<sup>6</sup> *Íbidem*.

<sup>7</sup> *Iberia*, 10 de julio de 1915.

<sup>8</sup> *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1915.

<sup>9</sup> *Íbidem*.

<sup>10</sup> *Vid.* Artículo titulado «La cultura alemana» en *Iberia*, 29 de mayo de 1915.

arte de la guerra»<sup>11</sup> y en la música, siendo claramente menos brillantes respecto a Francia o América en arquitectura, escultura o pintura. Sorprende la visión (americana) que defiende el periódico acerca de la literatura alemana y la imagen que se proyecta acerca de la figura de Heinrich Heine:

Cuando consideramos el arte de las letras, llegamos a un resultado parecido. Ha tenido Alemania filósofos e historiadores de gran altura; pero en literatura pura... durante un período de unos sesenta años sólo un autor alemán logró conquistar una celebridad mundial – y Heine era hebreo, murió en París, sin popularidad con sus compatriotas, tal vez porque no había cesado de llamar la atención sobre las deficiencias de la cultura alemana... Ningún escritor alemán alcanzó la fama universal obtenida por Cooper y Poe, por Walt Whitman y Mark Twain, y fue durante estos sesenta años de esterilidad literaria en Alemania que hubo una magnífica fecundidad literaria en la Gran Bretaña y en Francia<sup>12</sup>.

Según avanza la guerra, el 18 de enero de 1917, se publica en *España* el Manifiesto de la Liga Antigermanófila, según el cual, los «antigermanófilos» no se declaran «germanófobos» pero sí contrarios a la política alemana:

La Liga Antigermanófila no es germanófoba. Admira en Alemania lo que en ella hay de grande y permanente y repudia en ella lo que pugna con el espíritu libertador de la Historia. No simpatiza con el Estado alemán porque representa la negación de las pequeñas nacionalidades en su política exterior, y de la democracia, y en general del espíritu civil, en la interior<sup>13</sup>.

También es importante mencionar otro manifiesto de carácter antigermanófilo firmado por los intelectuales de mayor renombre, redactado al finalizar la guerra y publicado en la revista *España* el 7 de noviembre de 1918. Se trata del manifiesto fundacional de la *Unión Democrática Española* que perseguía el objetivo de la democratización de España a fin de que ésta pudiera ingresar en la Sociedad de Naciones. La Unión Democrática fue fundada por el político y escritor Manuel Azaña quien, en 1925, crearía la Acción republicana y sería, durante la Segunda República, tras la regencia de Alcalá Zamora, presidente del gobierno (1931-33). El llamamiento sigue la línea provocadora de los anteriores manifiestos y continúa haciendo referencia a los germanófilos con verdadero desprecio, denominándoles «seres inferiores de la escala zoológica»<sup>14</sup>. Frente a ellos, se encuentra la fracción del pueblo español que defendió durante la guerra al bando aliadófilo. Esta fracción que, según el manifiesto es, «desde luego, la más inteligente, la más sensible, la mejor dotada de sentido histórico», no quiere ser confundida con la otra España «pétreo e insolidaria» y aspira a ser tenida en cuenta en los futuros «consejos de las naciones libres». El manifiesto es firmado por un nutrido grupo de prominentes intelectuales, entre los que destacan Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta y Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón y Manuel Azaña.

---

<sup>11</sup> *Íbidem*.

<sup>12</sup> *Íbidem*.

<sup>13</sup> *España*, 18 de enero de 1917.

<sup>14</sup> *España*, 7 de noviembre de 1918.

#### 4. Aliadófilos

Dentro del bando aliadófilo, también denominado bando francófilo o antigermanófilo, encontramos así a personajes vinculados a la política de izquierdas: republicanos, socialistas, liberales e independientes. Entre ellos, destacan Melquíades Álvarez (entonces diputado a Cortes), el conde de Romanones, Alejandro Lerroux, Manuel Azaña (entonces secretario del Ateneo de Madrid), Núñez de Arenas y Luis Araquistáin. Entre los numerosos intelectuales, encontramos a escritores tan relevantes como Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala, Benito Pérez Galdós, Azorín, Blasco Ibáñez, Leopoldo Alas Clarín, Gregorio Martínez Sierra, Antonio Machado o a su hermano Manuel (redactor en aquel entonces de *El Liberal*). También sobresalen pintores como Julio Romero de Torres o músicos como Oscar Esplá. Una gran mayoría de estos intelectuales se vinculan a la Institución Libre de Enseñanza, al krausoinstitucionalismo y al regeneracionismo cultural y científico. Muchos de ellos se relacionan también entre sí por su documentada pertenencia a la Masonería española, como Luis Simarro, Menéndez Pallarés, Manuel Azaña, Ortega y Gasset o Menéndez Pidal y por su tendencia política progresista y de izquierda. Si para los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, el modelo paradigmático en el campo cultural y científico había sido, desde las últimas décadas del siglo XIX, la nación alemana, los regeneracionistas y científicos de 1914, aun habiéndose formado en Alemania, firman ahora manifiestos despreciativos en contra de Imperio Alemán.

Por último, cabe mencionar el Directorio Central Nacional de la Liga Antigermanófila, que se formará el 15 de febrero de 1917 y agrupará de nuevo a muchos de los ya nombrados intelectuales de prestigio y personajes influyentes de la sociedad española, como Benito Pérez Galdós (que es además, presidente honorario), Unamuno, Miguel Blay o Luis Simarro.

#### 5. Germanófilos

Al grupo de los germanófilos madrileños o circunscritos a la capital pertenecen escritores como Jacinto Benavente, Pío Baroja, Carlos Arniches, Sinesio Delgado o José María Salaverría; periodistas como El Caballero Audaz (seudónimo de José María Carretero) o José Juan Cadenas (corresponsal en 1905 desde Berlín para el diario *ABC*) o el filólogo y académico Julio Casares (que publicará su célebre *Diccionario Ideológico* en 1942).

Dentro de la nómina artística, encontramos a pintores como Luis Menéndez Pidal, Enrique Martínez Cubells, Fernando Labrada, Antonio Muñoz Degraín o José Moreno Carbonero. Encontramos también personajes vinculados políticamente con la extrema derecha, que evolucionarán en los años treinta hacia posturas relacionadas con el nacionalsocialismo, como el catedrático Vicente Gay o Antonio Goicoechea (que formará parte, junto con Herrera Oria, de Acción Nacional, y será el jefe político del partido Renovación Española).

También se declaran germanófilos, estudiantes universitarios del momento como el entonces joven Dámaso Alonso, Leopoldo Calvo Sotelo, Edgar Neville, Enrique Herrero, los hijos de Arniches, Carlos y José o el escritor Eugenio d'Ors.

## 6. ¿Francófilos o germanófilos? Personajes ambiguos

Lo interesante es por tanto encontrar en la lista de adheridos a la causa antigermanófila a intelectuales que se habían afanado apasionadamente hasta este momento por defender la cultura y tradición alemanas, idealizando a los países germanos y dilatando sus virtudes artísticas a otros aspectos de la vida social. Literatos como Pérez Galdós, Blasco Ibáñez o Manuel Machado, críticos como Rodrigo Soriano, pintores como Agustín Lhardy o políticos como el conde de Romanones (que llevaba a sus hijos al Colegio Alemán de Madrid), se inscriben curiosamente en esta lista antigermanófila.

Por otra parte, personajes que se habían declarado públicamente como neutrales, acaban por pasarse al bando antigermanófilo y firman el correspondiente manifiesto en 1917. Tal es el caso del dibujante Luis Bagaría, criticado de *chaquetero* por realizar caricaturas aliadófilas en *España* y aliadóforas en *La Tribuna*, a lo que el dibujante contestó en una carta publicada en 1916 en este último diario, en la que ruega a sus adversarios de observar bien todas sus caricaturas sobre la guerra y se defiende diciendo:

En mi modesta labor hay una moral humanitaria, un poco cursi acaso, pero moral al fin, que da la única interpretación honesta y noble de mi intención política. [...] El crimen me repugna, cométalo un alemán, cométalo un francés [...]. Contra la guerra y la pasión va encaminada mi labor<sup>15</sup>.

## 7. Vicente Blasco Ibáñez: un ejemplo paradigmático de ambigüedad receptiva

Un ejemplo paradigmático del cambio de rumbo en la recepción de la cultura alemana a partir de 1914 es la obra de Vicente Blasco Ibáñez. El escritor valenciano era un conocido amante de la música y de la cultura alemanas y trató de divulgarlas no sólo a través de sus novelas, de sus conferencias y de sus discursos dirigidos a una capa social instruida, sino incluso a través del diario del que él mismo era director, *El Pueblo*, dirigido a los trabajadores, tratando «por todos los medios de elevar el conocimiento y la capacidad intelectual de sus lectores» (Smith 1976: 41).

La presencia del elemento germano y, muy especialmente, de la música de Richard Wagner, paradigma de la cultura alemana en España desde finales del siglo XIX, se manifiesta a lo largo de toda la obra de Blasco Ibáñez. Dos obras resultan de especial importancia dentro del período comprendido entre 1900 y 1914. En primer lugar, la novela que inaugura el siglo XX, *Entre naranjos*, publicada en 1900, que cosechó gran éxito, y que contribuye claramente a la popularización y asentamiento de la música alemana y al interés por lo germano en España. En segundo lugar, la novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, escrita en París en 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, que producirá el efecto contrario a la escrita catorce años antes. La repercusión internacional que obtendrá la novela, dañará

---

<sup>15</sup> *La Tribuna*, 12 de marzo de 1916.

gravemente, dado su polémico y decidido carácter político y propagandístico en contra de la nación alemana y en pro de los aliados, la imagen no sólo política, sino también cultural de los países germánicos en toda Europa.

### 7.1. *Entre naranjos (1900)*

Ya el beethoveniano nombre de la protagonista de *Entre naranjos* alude a la música: Leonora. Además, Leonora es cantante de ópera y su especialidad son los papeles wagnerianos. La novela narra el amor imposible entre Leonora y Rafael, a través del viaje interior de cada uno de ellos. La bella cantante Leonora, símbolo de *libertad*, es una cultivada mujer de mundo que, tras triunfar en teatros de ópera internacionales, decide recogerse por un tiempo en su pueblo natal valenciano (Alcira) donde conoce a Rafael, símbolo del *deber*. Siguiendo los consejos de su madre, Rafael seguirá la carrera política del padre y será elegido joven diputado, lo que le hará ganarse la admiración del pueblo entero. Sin embargo, el encuentro con Leonora provocará en Rafael una profunda inseguridad y una dura lucha interior, que le hará batirse continuamente entre un hipócrita *deber* social, que él mismo simboliza, y una sincera *pasión prohibida* que siente por una mujer proscrita por la mediocridad pueblerina, que ha recorrido el mundo y le habla de la música de Wagner. Tras realizar un acto heroico, salvando a Leonora y su criada, recluidas en una casa en medio del campo, de la riada que amenazaba arrasar toda la zona, la actitud de Leonora, hasta entonces distante e indiferente, comienza a tomar otro rumbo. Y este primer acercamiento tiene lugar a través de la referencia wagneriana:

—Lo que usted ha hecho —decía la artista— merece honda gratitud. Es un arranque caballeresco, digno de otros tiempos. Lohengrin llegando en su barquilla para salvar a Elsa. Sólo falta el cisne... (Ibáñez: 189)<sup>16</sup>

La pasión creciente que Rafael siente por Leonora se hace patente a través de la música de Wagner, cuando él escucha a ésta interpretar, con ayuda del piano, la *Cabalgata de las Walkyrias*:

Su alma pasional y tumultuosa parecía desmayarse, enervada por el perfume de los naranjos. [...] y golpeando el piano con la sublime furia de la cabalgada de las valquirias, lanzaba el ¡hojotoho! de Brunilda, el grito de guerra impetuoso y salvaje de la hija de Wotan; relincho armónico con el cual había puesto de pie a muchos públicos, y que en aquella soledad estremecía a Rafael, haciéndole admirar a su amiga como una divinidad extraña, cual una diosa rubia de ojos verdes, acostumbrada a cabalgar sobre los hielos, entre los torbellinos del huracán, y que en el país del sol se resignaba a ser mujer<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V., *Entre Naranjos*. Madrid: Cátedra 1997, 189.

<sup>17</sup> *Ibidem*, 201-202

El entorno de Leonora, tanto su criada italiana, como sus enseres y objetos personales, evocan el atractivo *glamour* de la artista que embauca a Rafael. Entre estos objetos, se encuentran sus fotos, realizadas en los teatros de ópera más importantes del mundo y en las que Leonora, devota del compositor alemán, aparece interpretando papeles wagnerianos:

La Elisabeta pálida y mística del *Tannhäuser* había sido retratada en Milán; la Elsa ideal y romántica de *Lohengrin* era de Múnich, una Eva cándida y burguesa de *Los Maestros Cantores*, fotografiada en Viena, y una Brunilda soberbia, arrogante, de mirada hostil y centelleadora, que llevaba al pie el sello de San Petersburgo.

[...] Las fotografías representaban siempre los mismos personajes, las heroínas de Wagner. Leonora, adoradora rabiosa del genio alemán, hablando de él con íntima confianza, como si le hubiera conocido, no quería cantar otras óperas que las suyas [...] <sup>18</sup>.

Cincuenta años más tarde, Azorín publica en *ABC*<sup>19</sup> un artículo que, bajo el título de «Wagnerismo», y acompañado de un retrato del compositor, ocupa la portada del diario. El artículo es significativo porque en él se hace patente la importancia que la figura de Wagner tuvo en los intelectuales noventayochistas, incluso en aquellos que, como él, no muestran ninguna huella importante wagneriana en su obra literaria ni poseían conocimientos profundos sobre la obra del compositor alemán. En el citado artículo, Azorín hace referencia a la importancia que había tenido el wagnerismo en España, citando la creación de la Asociación Wagneriana de Madrid<sup>20</sup> y la «larga y empeñada» contienda acaecida en la capital entre wagneristas y antiwagneristas, superada en su momento presente: «El antiwagnerismo ya no existe; el wagnerismo, con las nuevas músicas, ha pasado a ocupar el lugar que le corresponde». Azorín hace referencia a la novela de Blasco Ibáñez *Entre naranjos* y define el carácter tremendamente romántico de la novela:

Jamás se habrá hecho tan fervorosa exaltación de Wagner –y su discípulo Hans Kaller– como en esa novela: exaltación de Wagner en los espléndidos naranjales de Alcira. El wagnerismo toma en este caso –sépallo o no Blasco Ibáñez– el de una manifestación romántica, ultrarromántica, que tanto ha exasperado a Nietzsche<sup>21</sup>.

El mencionado personaje Hans Keller (que no «Kaller», como escribe Azorín), no fue discípulo *real* de Wagner (como podría desprenderse de la cita), sino discípulo *imaginario* de Blasco Ibáñez. Famoso director de orquesta, había seducido en el pasado a Leonora por el mero hecho de haber sido discípulo de Wagner y haberlo conocido personalmente. Leonora cuenta a Rafael cómo Keller le había hecho ver que la música era algo más que un medio para deleitar al público, la música era una *religión*, y el conocimiento lo vivió como una *revelación* que le había cambiado la vida, sin-

<sup>18</sup> *Ibidem*, 203

<sup>19</sup> *ABC*, 5 de abril de 1952.

<sup>20</sup> La Asociación Wagneriana de Madrid fue creada el 31 de marzo de 1911 y disuelta a comienzos de 1915.

<sup>21</sup> *ABC*, 5 de abril de 1952.

tiendo, por vez primera, después de tantos años de pecado, como el personaje de *Kundry* en *Parsifal*, la necesidad de salvarse a través de la humillación y el sacrificio:

La música no era un medio para deleitar a las muchedumbres [...]; era una religión, la misteriosa fuerza que relaciona el infinito interior con la inmensidad que nos rodea. [...]. La adoración al gran muerto la convertía en una mujer nueva. Adoraba a Keller como un reflejo perdido de aquel astro apagado para siempre; sentía la necesidad de humillarse, la dulzura del sacrificio, como el devoto que se prosterna ante el sacerdote, no viendo en él al hombre, sino al elegido de la Divinidad.<sup>22</sup>

Rafael se contagia de la pasión contundente con la que vive Leonora la música de Wagner. Con una técnica modernista, Blasco narra el encuentro erótico-pasional que, bajo el impulso de Wagner, une finalmente a los dos amantes en medio del primavera naranjal valenciano, inundado por el aroma de azahar. Música y naturaleza se funden (aquí el carácter que Azorín denomina «ultrarromántico» y que tanto recuerda al *Werther* goethiano) y actúan como una fuerza sobrenatural que transforma a Leonora y Rafael en *Siegmund* y *Sieglinde* en el segundo acto de *La Walkyria*, arrastrándoles hasta el delirio amoroso durante su única noche de amor. En medio de este éxtasis, Leonora se siente «morir» y la pareja se convierte «en uno». A través de un panteísmo modernista, Rafael expresa así su enajenación:

Los dos en uno [...] unidos para siempre; mirándose en los ojos como en un espejo; repitiendo sus nombres con la entonación de la estrofa; morir así, si era preciso, para librarse de la murmuración de la gente. ¿Qué les importaba a ellos el mundo y sus opiniones?<sup>23</sup>

La analogía con la segunda escena del segundo acto de *Tristan und Isolde* es evidente. En medio del delirio extático, en su única noche de amor, Tristán e Isolda desean la muerte para poder en ella, unidos para siempre, seguir amándose eternamente<sup>24</sup>.

La repercusión de la obra fue grande en toda España y particularmente en Madrid. Como refiere el diario *El Heraldo de Madrid*, el éxito de *Entre naranjos* fue pregonado en la capital con una gran fiesta, celebrada el 8 de diciembre de 1900 en el teatro de los Jardines del Retiro. El decorado del teatro fue encargado a Sorolla y al wagnerófilo Juan Antonio Benlliure; el maestro Serrano se encargó de la dirección de la parte musical y al acto fue invitada, por sus vínculos intelectuales con Valencia, la ya entonces eminente Emilia Pardo Bazán. Y como la fiesta no debía ser política, «ilustres valencianos» como Alberto Aguilera, se prestaron «entusiasmos»<sup>25</sup> a tomar parte en los trabajos organizadores.

<sup>22</sup> *Ibidem*, 241.

<sup>23</sup> *Ibidem*, 281-282.

<sup>24</sup> «So stürben wir / um ungetrennt - / ewig einig, / ohne End - / ohn' Erwachen - / ohn' Erbangen - / namenlos / in Lieb' umfassen / ganz uns selbst gegeben, / der Liebe nur zu leben! (...) Ohne Nennen, / ohne Trennen, / neu Erkennen, / neu Entbrennen; / ewig endlos, / ein-bewusst: / heiss erglüheter Brust / höchste Liebeslust!» en Wagner, Richard. *Tristan und Isolde*. Libreto completo. Edición de Wilhelm Zentner. Stuttgart: Reclam 1984, 45-46.

<sup>25</sup> *Heraldo de Madrid*, 2 de diciembre de 1900.

## 7.2. Los cuatro jinetes del Apocalipsis (1914)

Catorce años más tarde, Blasco Ibáñez modifica su visión e interpretación de la cultura alemana tomando claro partido en contra de la nación germana. Convertido en aliadófilo convencido y antigermanófilo implacable escribe en París, «cuando los alemanes estaban a unas docenas de kilómetros de la capital»<sup>26</sup>, una novela de carácter propagandístico, en la que se narran los horrores de la Primera Guerra Mundial, a través de dos familias que pertenecen cada una a uno de los bandos en conflicto: los Desnoyers, que simbolizan al pueblo francés y los Hartrott, que representan al Imperio Alemán.

El carácter panfletario de la novela, publicada en 1916, es referido por el propio Blasco en su introducción titulada «Al lector», en la que se define como decido defensor de la causa aliada y explica cómo la obra fue directamente encargada por Poincaré, entonces presidente de la República Francesa, quien le instó a ir al frente como novelista para así escribir un libro que tomara partido por Francia: «Observe, y tal vez de su viaje nazca un libro que sirva a nuestra causa»<sup>27</sup>. Así fue, y la novela pro-aliados que escribiera Blasco daría la vuelta al mundo, siendo traducida a numerosos idiomas.

El diario *Iberia* publica una interesante fotografía «absolutamente inédita» del viaje de Blasco Ibáñez a las trincheras francesas y hace mención al proceso de creación de su novela: «De estas sus visiones un nuevo libro surgirá cálido y vibrante, incorporando a la literatura de la guerra, páginas fuertes escritas en fuerte castellano»<sup>28</sup>.

Efectivamente, la novela de Blasco presenta una imagen dantesca del imperio germánico y los alemanes aparecen no sólo como causantes de la guerra sino como un pueblo primitivo e inculto, arrogante, cruel, bárbaro y salvaje. La definición blasquiiana del espíritu alemán queda fundamentalmente plasmada a través del Tchernoff, ruso culto, solitario y bohemio, para el que el Imperio Alemán simboliza «la glorificación de la fuerza, la santificación del éxito, el triunfo del materialismo, el respeto al hecho consumado, la mofa de los más nobles sentimientos» siendo el pensamiento germano «una filosofía de bandidos que pretendía ser la última palabra del progreso y no era más que la vuelta al despotismo, la violencia, la barbarie de las épocas más primitivas de la Historia»<sup>29</sup>.

Blasco hace también referencia al antagonismo entre la salvaje *Kultur* germana frente a la civilizada *culture* francesa. En palabras de Tchernoff,

Existe la *Kultur* que los germanos quieren imponernos y que resulta lo más opuesto a la civilización. La civilización es el afinamiento del espíritu, el respeto al semejante, la tolerancia de la opinión ajena, la suavidad de las costumbres. La *Kultur* es la acción de un Estado que organiza y asimila individuos y colectividades para que la sirvan en su misión. Y esta misión consiste principalmente en colocarse por encima de los otros Estados, aplastándolos con su grandeza, o lo que es lo mismo, orgullo, ferocidad, violencia<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> Blasco Ibáñez, V., *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Madrid: Alianza 1998, 9.

<sup>27</sup> *Ibidem*, 8.

<sup>28</sup> *Vid. Iberia* del 15 de mayo de 1915.

<sup>29</sup> *Ibidem*, 392-393.

<sup>30</sup> *Ibidem*, 163.

El doctor von Hartrott, relacionado por parentesco con la familia Desnoyers, simboliza el mundo académico alemán y es presentado por Blasco Ibáñez como un arrogante y esperpéntico *sabio* que, con una simpleza abrumadora, describe al pueblo alemán como una raza superior que debe dominar el mundo, glorificando el militarismo salvaje:

Nosotros no tenemos amigos. Todos nos miran con recelo, como a seres peligrosos, porque somos los más inteligentes, los más activos, y resultamos superiores a los demás... Pero ya que no nos aman, que nos teman. [...] La *Kultur* sublimiza lo demoníaco que llevamos en nosotros, y está por encima de la moral, la razón y la ciencia. Nosotros impondremos la *Kultur* a cañonazos<sup>31</sup>.

Sin embargo, el personaje de Wagner parece *salvarse* de esta imagen grotesca pues, en palabras de Tchernoff, «es el último romántico, cierra una época y pertenece al pasado» y, como Goethe, Schiller o Beethoven, fue un genio que el pueblo alemán produjo «en su época de dolor, cuando aún no había nacido el orgullo pangermanista»<sup>32</sup>. En un arranque nostálgico, este mismo personaje hace referencia a Bakunin, figura clave en el levantamiento de 1849 en Dresde y su relación con Wagner (amigo de éste durante su estancia en esta ciudad) y con la música germana, por la que profesaba profunda admiración:

El ruso, por una asociación de ideas, evocaba la imagen de su compatriota Miguel Bakunin, otro revolucionario, el padre del anarquismo, llorando de emoción en un concierto luego de oír la sinfonía con coros de Beethoven, dirigida por un joven amigo suyo que se llamaba Ricardo Wagner. «Cuando venga nuestra revolución –gritaba estrechando la mano del maestro– y perezca lo existente, habrá que salvar esto a toda costa»<sup>33</sup>.

Así pues, Blasco Ibáñez, encarnizado defensor de la causa aliada, arremete en su obra no sólo contra la política del Imperio Alemán, sino también contra la nación y la cultura alemana en general, de manera que, aunque como profundo admirador de la música alemana y en particular de la obra de Wagner, intente *proteger* a éste de la negativa imagen que otorga a la sociedad germana, lo cierto es que, la enorme difusión de esta novela en España repercutirá de manera muy negativa en la recepción wagneriana en la capital. Tras la Primera Guerra Mundial, Blasco Ibáñez seguirá mostrándose, al igual que muchos otros intelectuales españoles, contrario a la política germana pero amante y receptor de la cultura *clásica* alemana<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, 131.

<sup>32</sup> *Ibidem*, 157.

<sup>33</sup> *Ibidem*, 164.

<sup>34</sup> BLASCO IBÁÑEZ seguirá utilizando motivos wagnerianos en sus novelas. Cfr. *El papa del mar* (1925), donde el *alter ego* del autor y protagonista de la obra, el poeta Claudio Borja, se identifica con *Tannhäuser*, «el eterno descontento», que suspira por lo que no tiene y lo olvida cuando lo consigue; así también, en *Mare Nostrum* (1927), la protagonista, al igual que la cuñada de Wotan en *Das Rheingold*, llevará por nombre Freya, en clara analogía con *El Anillo del Nibelungo*.

## 8. Los intelectuales como actores de la política

La mayoría de los intelectuales de peso españoles pertenecían, como hemos visto, al bando aliadófilo o antigermanófilo. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que muchos de ellos se reconocieran todavía, aunque *con la boca pequeña*, admiradores de la cultura y la ciencia alemanas. En palabras de Espadas Burgos, «su germanofilia cultural, a la que nunca renunciaron, era perfectamente compatible con una aliadofilia política dominante en la mayoría de ellos»<sup>35</sup>. Una gran parte de los intelectuales españoles se había formado en Alemania. Fernando de los Ríos había estudiado en Jena y Marburg; Ortega y Gasset en Marburg y Leipzig; García Morente también en Marburg y en Berlín; Julián Besteiro en Berlín, Leipzig y Múnich.

Pero lo interesante es que, aunque estos intelectuales siguieran admirando en silencio la cultura alemana, quizás por primera vez en la historia de España, las figuras más representativas de la cultura y del pensamiento españoles tomaron parte *activa* en la política del momento. Los intelectuales firman manifiestos, asisten a mítines, se dejan oír y crean opinión. En palabras de Espadas Burgos, «es precisamente en esa polémica originada por la guerra cuando se puede situar en España la presencia del intelectual comprometido y de una manera corporativa tanto como actor (firmante de manifiestos) como en su condición de testigo o de conciencia crítica de un momento de su país»<sup>36</sup>.

El estallido de la Primera Guerra Mundial enfrenta paradójicamente a una nación no beligerante, España, dividiendo la nación en dos bandos —el germanófilo y el francófilo— que defienden o rechazan social y culturalmente los países germanos, frente a la vecina Francia.

Es posible que del mero hecho, entonces inusual, de que fueran precisamente las figuras relacionadas con la cultura, y no con la política, las que se involucraran en mayor número y más apasionadamente en contra de un gobierno extranjero, el alemán, se derivara un rechazo social generalizado o, al menos, un desinterés por la cultura alemana. La recepción de la música alemana constituye un ejemplo claro al respecto. Numerosos intelectuales habían contribuido, a través de profusos artículos y estimulantes polémicas en la prensa diaria, a despertar el interés general de los españoles por la música y la cultura alemanas, centrada en la obra de Richard Wagner. A partir de 1914, muchos de estos mismos intelectuales dejan de hablar de Wagner y de las grandezas de la cultura alemana en la prensa del momento, para volcarse en la lucha política contra la nación germana. Aunque en su fuero interno, muchos de ellos siguieran admirando la cultura germana, el ciudadano *de a pie* se sentía probablemente desorientado, pues perdía las referencias de los *guías culturales*, representados por los intelectuales.

Así pues, aunque la imagen *sagrada* de la cultura alemana (especialmente, la música, la literatura y la filosofía) no se vea *directamente* agraviada en la contienda entre aliadófilos y francófilos, es evidente que la intensidad del combate político es

---

<sup>35</sup> ESPADAS BURGOS, M., «De la época bismarckiana a la Gran Guerra», en: BERNECKER, W., *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt a. M: VERVUERT 1992, 79.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 78.

tal, que la preponderancia de la intelectualidad antigermanófila afecta de lleno a la imagen alemana en España y perjudica toda manifestación artística germana.

El presente análisis evidencia, en cualquier caso, el tremendo interés que se vivía en España, hacia 1915, por todo lo que ocurría más allá de las fronteras nacionales. Tanto la pasión y el odio por la cultura germana, como el postrero activismo febril en pro o en contra de la causa aliadófila o germanófila, nos muestra un país deseoso de cambio, de apertura y de europeización.

## Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, A., «La influencia alemana en la prensa española de la Restauración», en: GIL NOVALES, A. (ed.) *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*. Madrid: Univ. Complutense 1983.
- BLASCO IBÁÑEZ, V., *Entre naranjos*. Madrid: Cátedra 1997.
- BLASCO IBÁÑEZ, V., *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Madrid: Alianza 1998.
- FISCHER-FRAUENDIENST, I., *Bismarcks Pressepolitik*. Münster 1963.
- KENT, C./WOLBER, Th. / HEWITT, C.(eds.),; *The Lion and the Eagle. Interdisciplinary Essays on German-Spanish Relations over the Centuries*. New York/Oxford: Berghahn Books 2000.
- PÖPPINGHAUS, W., «Relaciones culturales germano-españolas». Bernecker, W.(ed.). *España y Alemania en la Edad Contemporánea*. Frankfurt a. M.: Vervuert 1992.
- SMITH, P., *Vicente Blasco Ibáñez*. Londres: Grant & Cutler 1976.

## *Diarios y revistas (entre paréntesis los años consultados)*

- ABC* (1903-1914; 1952)
- Blanco y Negro* (1903-1914)
- El Correo* (1900-1915)
- El Español*. Madrid (1901-1915)
- El Globo*. Madrid (1876-1915)
- El Imparcial* (1876-1918)
- El Imparcial*. Madrid (1876-1915)
- El Liberal* (1876-1915)
- El Liberal*. Madrid (1876-1915)
- El Mundo*. Madrid (1907-1915)
- El País* (1901-1915)
- España* (1914-1918)
- Heraldo de Madrid* (1893-1917)
- Iberia* (1914-1918)
- La Gaceta* (1914-1916)
- La Abeja* (1862-70)
- La Correspondencia de España* (1876-1915)
- La Época* (1876-1907)
- La Tribuna* (1914-1918)